*La importancia del concepto persona*

Ricardo Vicente López

*Parte I*

1.- *Primeras palabras*

En principio, considero necesarias algunas reflexiones que creo fundamentales para plantear el tema propuesto. Aunque ellas parezcan presentar un aspecto distante del tema a tratar, ruego me concedan este escaso tiempo para introducirme en él. Si propongo un camino un poco más largo es porque supongo necesario abordarlo desde un comienzo para no dejar atrás dificultades que nos saldrán al paso en el momento del tratamiento en profundidad de lo que nos estamos proponiendo.

Si pensamos en lo que subyace al problema, encontraremos que en el nudo central está el hombre. Pero también percibiremos que, expresado de este modo, todo se mueve en el plano de una universalidad abstracta que nos impone preguntarnos ¿de qué hombre se trata? La respuesta inmediata, a la vez ingenua y prejuiciosa, supondrá un hombre que conceptualmente es el resultado de la elaboración teórica encuadrada en la cultura burguesa, de clase media, que representa el siguiente prototipo: hombre blanco, alto, rubio, de ojos celestes. Puede que esta afirmación sorprenda, pero si nos detenemos a pensar dónde se ha *elaborado la teoría* de la sociología (el actor social), la psicología (el sujeto atravesado por la culpa), la antropología (el sujeto portador de la cultura racional), la economía (el hombre racional que va al mercado a maximizar sus oportunidades), la ciencia política (el ciudadano parisino o el liberal inglés), etcétera, cuyos resultados se nos presentan como *verdad universal,* nos encontraremos con que el paradigma es *el hombre centroeuropeo de los siglos XVIII al XX*.

Esto nos lleva a pensar que el hombre, en tanto tal, es en el origen de la cultura occidental el *zoon politikón* (el animal político aristotélico) que pone el énfasis en la socialidad, o el *animal rationale* (el animal racional) de los latinos, ambos tienen en común la condición de la racionalidad. Más de veinte siglos después, es mucha el agua que ha corrido bajo los puentes como para no exigirnos una definición más precisa, que quiebre el estrecho círculo de las culturas clásicas. Se nos presenta el desafío de buscar una respuestaque, aunque no agote el tema, nos dé respuestas (en plural, por la pluralidad del hombre y la pluralidad de los pueblos). Que nos habilite a pensar *qué es lo humano* y, dentro de él, *lo más humano de lo humano*, es decir aquello que lo define en su esencia. Pesan sobre todo ello, como hemos visto, más de tres mil años de pensamiento filosófico y teológico que no se pueden soslayar, más los últimos trescientos años de investigación científica. Toda la urdimbre de ese entramado de ideas debe ser desmontada colocando lo que pertenece a cada cultura en su tiempo y en su espacio, tarea sin la cual se perderá el riquísimo aporte de la sabiduría de esas y otras tradiciones: separar para tamizar, y elegir lo mejor de ellas en la búsqueda de un concepto más abarcativo.

2.- *La pregunta por el sujeto de la investigación*

Se agrega a lo señalado un problema que debemos señalar aquí, en el comienzo de estas reflexiones, dado que de él depende una consideración fundamental en el camino a recorrer: *las características peculiares del sujeto que se lanza a esta investigación*. Éste es, necesariamente, un *sujeto histórico*, equivale a decir, alguien *deudor de un tiempo y un espacio*, equivale a decir de *una cultura*: *resultado de una geografía y una historia*. Este enmarcado del sujeto nos habla de *sus potencialidades* y de *sus limitaciones*. Debemos, entonces, evitar el punto de partida heredado de la cultura moderna: *un sujeto universal sin ataduras ni raíces*.

No es ocioso afirmar de paso que ese sujeto pensante, en este caso nosotros, es en última instancia resultado de la cultura occidental moderna y de su sistema capitalista que ha moldeado la matriz básica de nuestra mentalidad. Soslayar esta particularidad, inherente a lo humano, acarrea innumerables consecuencias de carácter epistemológico que no corresponde plantear aquí, pero que no deben dejar de estar presentes para no olvidar nuestras limitaciones. En el universo cultural, vivencial, de las últimas décadas es muy importante saber qué decimos cuando sostenemos nuestras ideas.

El lenguaje ha ido perdiendo, en la medida en que se hacía más denso y más complejo, la diafanidad originaria que aún se conserva en boca de los niños o en las culturas originarias. La pérdida de su transparencia, por la utilización ideológica no siempre inconsciente, más la incidencia de la banalización de la palabra en la cultura imperante nos han ido empujando a una *extraña in-comunicación*. Su resultado encuentra explicación en la uso de conceptos poco claros de significaciones controvertibles [[[1]](#footnote-2)]. El decir, cuando se tiene *la obligación ética de comunicar*, impone hacerse cargo de estas dificultades. La observación que propone Enrique Dussel ayuda a comprender el ámbito de cosas que se esconden tras la expresión “es obvio”:

Es siempre así, y ha sido siempre así, lo más habitual, lo que “llevamos puesto”, por ser cotidiano y vulgar, no llega nunca a ser objeto de nuestra preocupación, de nuestra ocupación. Es todo aquello que por aceptarlo todos pareciera no existir; a tal grado es evidente que por ello mismo se oculta. Por ello, por el sólo hecho de pensarlo ha originado, ha descubierto las cosas... que por tan sabidas no las sabía nadie. [[[2]](#footnote-3)]

Esta es la razón por la cual la reflexión sobre los conceptos que utilizaremos llevará consigo asumir que “Todo punto de vista es *una vista desde un punto*”. Es en este aspecto que deberemos ser cuidadosos en nuestras afirmaciones para no transgredir el condicionamiento que toda verdad tiene en tanto resultado de un tiempo y un espacio. Mucho más ahora, que ha comenzado a abrirse el diálogo intercultural para hacerse cargo de la cantidad de pre-juicios que rondan nuestros pensamientos.

3.- *Pensar en tiempos de crisis*

Permítaseme una consideración más para cerrar esta primera aproximación. Haber señalado las condicionalidades de todo pensar nos coloca en una situación peculiar que no debe ser soslayada. Si toda cultura, a través de los tiempos, ha aportado su sabiduría, las culturas han tenido épocas de maduración y esplendor y otras de decrepitud y decadencia. Es imprescindible tomar conciencia de que estamos en una etapa en la cual el desmoronamiento de los valores que construyeron la *Modernidad Occidental* nos coloca sobre un terreno sísmico en el cual casi nada se sostiene por sí mismo y todo va cayendo bajo el golpear de la piqueta de la duda. Saber y hacer explícito desde qué discurso, desde qué complejo de ideas, desde qué marco conceptual estamos pensando y exponiendo otorga al debate mayor claridad, y al mismo tiempo un compromiso y un respeto mayor por *el otro* o *los otros* a quienes nos dirigimos.

El pensar la crisis aparece engañosamente, en un primer intento, como una problemática que ofrece aristas bastantes claras. Si bien es difícil desconocer la multiplicidad de factores que concurren a ella, se produce en la mente de quien comienza esta tarea una especie de claridad engañosa que nos convence respecto de *ya* *saber de qué se trata*. Puede no tenerse un diagnóstico preciso, pero hay *una especie de intuición* que coloca el tema dentro de marcos aparentemente accesibles. Es una forma de la racionalidad del hombre de este tiempo.

Sin embargo, esta primera aproximación exige pensar previamente sobre algunos requisitos, requisitos no siempre explícitos y que, por tanto y por la misma razón, se ocultan, ocultando los fundamentos que los sostienen ante la mirada de quien se propone ese pensar. La tarea intelectual de quien emprende este camino está abonada, enriquecida pero también condicionada, por el recorrido de su biografía y de su formación personal. Es decir, por la estructuración mental académica recibida y por sus lecturas, sus investigaciones, las reflexiones que fue adquiriendo, son el resultado de esa formación. Se impone la necesidad de pensar sobre las peculiaridades que ese aprendizaje le ha aportado, los sustentos ideológicos, en tanto sujeto que ha sido educado dentro de un sistema institucional, sistema estrechamente ligado, como no puede ser de otro modo, al proyecto *político-cultural* de la sociedad a la cual pertenece. Hacer referencia a este fenómeno nos coloca en camino de preguntarnos por esos condicionamientos y sus resultados, como paso previo hacia el esclarecimiento, lo más radical posible, del tema planteado.

Nuestros saberes son siempre saberes sobre algo ya determinado a partir de condiciones preestablecidas. Y la pregunta que formulamos contiene, siempre de algún modo, la respuesta demandada, porque aquella abre un campo dentro del cual ésta ya se encuentra instalada. Podría decirse, provocativamente, que *sabemos* lo que *se debe saber* dentro de esas posibilidades abiertas. Esta afirmación no niega la posibilidad de la capacidad crítica de todo pensar, es más: la exige, pero sólo se hace posible con la condición de haber reflexionado sobre las condicionalidades señaladas.

*Parte II*

### 4.- *El preguntar por la pregunta*

Entonces, se puede desprender de lo dicho que la actitud crítica que implica el preguntar por los *por qué*, los *cómo*, los *dónde*, los *cuando*, etcétera, se circunscriben, por regla general, dentro del campo de las respuestas y propuestas que la disciplina maneja, dadas por los científicos reconocidos. Son tales porque responden a las líneas generales de *la comunidad institucionalizada a la que pertenecen*, tribunal supremo que funciona como la *nueva inquisición moderna*. Es en su seno que las preguntas adquieren un contenido consistente y su validación, por lo que se puede iniciar la búsqueda de las síntesis que se pretenden hallar.

Pero es necesario tomar en cuenta que la o las críticas que se desarrollen dentro de tal campo, demarcado por la disciplina, no pueden desbordar los límites que han trazado las respuestas vigentes, resultado de preguntas anteriores que conforman el corpus científico. Dicho de otro modo, todo preguntar en una investigación se sostiene por un corpus académico, a partir del cual se lanza la búsqueda de respuestas; pero también éstas deben respetar los cánones establecidos, caso contrario serán rechazadas por las instituciones correspondientes. Nuestro preguntar queda circunscrito, en un ámbito definido, por la producción científicade quienes ya han *publicado* sus conclusiones que pueden ser *objeto de nuestro preguntar*. Esto no significa que no se pueda avanzar, sino que el camino dentro de las reglas institucionales imponen límites que no pueden ser violados.

El paso que falta, por lo general, es el comprendido entre el preguntar dentro del campo acotado por los contenidos de la o las respuestas, y el formular la *pregunta* por el *qué*, el *por qué*, el *cuándo* y el *cómo* *preguntaron* aquellos quienes ya han respondido o propuesto el conocimiento existente. Se trata de *avanzar*, *tematizar* y *problematizar* no sólo lo recibido, sino también las preguntas que dieron origen a aquel *pensar*, apuntando al ámbito desde donde fueron lanzadas. La *pregunta por aquellas preguntas* remite a los *supuestos* de quien ha respondido con *aquellas soluciones*, porque estamos dirigiendo nuestra mirada hacia el marco político-ideológico desde el cual se han aventurado en sus preguntas. Este marco *no es necesariamente explícito o consciente* en quien lo hace y puede, muchas veces, escapar a la conciencia de quien ha planteado sus preguntas. La historia de la ciencia está llena de *verdades rechazadas* y *falsedades admiradas* en su tiempo por los pre-juicios imperantes.

Puede, y en efecto sucede muchas veces, que queda oculto para el pensar de quien investiga y reflexiona, el cimiento en el que se apoya. Esta es una cuestión previa que no aparece a primera vista como necesaria, dado el modo *pretendidamente aséptico y avalorativo* de ese modo del preguntar. Funciona así porque queda a espaldas del investigador que forma parte de lo establecido e institucionalizado. Y aquí nos encontramos con una limitación, que es *histórica* y por ello también *política e ideológica*. Insisto, entonces: *quien piensa lo hace siempre, indefectiblemente, desde una perspectiva, una situacionalidad, que circunscribe el espacio del pensar a los límites geográficos y temporales, es decir, históricos, culturales, y por ello, políticos*. Debe entenderse en estos términos la alusión anterior a la *ciencia occidental moderna,* producto del *proyecto cultural* de la burguesía que dominó los últimos trescientos años de la investigación realizada.

Todo este planteo, creo, nos pone en condiciones de avanzar en el *problema del hombre*. Porque la primera cuestión nos remite al campo de la situación histórico-política que desemboca en este tiempo abisal que impone este tema como algo insoslayable. Hoy no es posible avanzar sobre ninguna dimensión humana sin tomar, como un elemento constituyente, la profunda crisis en la que se encuentra la humanidad occidental (u occidentalizada). Y porque la segunda cuestión nos conduce directamente *hacia el hombre, sujeto que piensa, a veces muy a su pesar y otras sin conciencia, del drama histórico de este tiempo*.

La investigación sobre esos *sujetos históricos* debe remontarse hasta los orígenes de ese proceso, de modo tal que nos reinstale en condiciones de *detectar la génesis de la historia* que nos deposita en esta situación actual. Para nuestro caso, es la senda hacia el *pasado de este presente*. Debe reconocer una primera etapa que debe comprender, como punto de partida, los sustentos de los comienzos de la Modernidad europea. Pero, un paso previo más, exige preguntar por el *proceso anterior*, las *condiciones fundantes* y su recorrido posterior de más de veinte siglos Este recorrido, sinuoso, contradictorio y, por ello, portador de múltiples riquezas espirituales, debe ser estudiado, aunque más no sea en su síntesis. Ella nos iluminará el camino que desemboca en los siglos XV y XVI.

Ese es el momento que contiene muchas respuestas respecto de los siglos posteriores. La investigación de esas raíces, de las promesas que incubaba, de las imposibilidades de desarrollarse en esa etapa, nos llevará a abrir un cofre en el que quedaron guardadas riquezas recuperables para la *realización superior de la espiritualidad del hombre de hoy*. También nos ayudará a detectar cuántas de esas riquezas espirituales no encontraron las condiciones de libertad necesarias para desplegar todo su contenido. El arrollador ímpetu del imperialismo español y portugués, reemplazado luego por la potencia británica, obturaron las promesas de esa espiritualidad que las tradiciones clásicas ofrecían.

La mercantilización brutal de las relaciones que adquirió el modelo amo-esclavo, seguida del sometimiento de los pueblos originarios, que llegó al exterminio, con características depredatorias, obstruyó algunos impulsos humanísticos que florecían en algunas capitales europeas. El humanismo renacentista no tuvo lugar en la mayoría de los casos de la historia de las tierras americanas de esos primeros siglos. Si bien no faltaron los heroísmos de algunos misioneros, como el fraile dominico Bartolomé de las Casas (1484-1566) o el misionero y fraile español Antonio de Montesino (1475-1540), que se opusieron a los malos tratos y al sometimiento de los originarios. Pero fue el rigor militar el que terminó imponiendo la condición de guerra a la conquista.

5.- *Las raíces de nuestra cultura*

Debo comenzar por responder a la pregunta acerca de la pertinencia de esta incursión en el pasado de la historia de la cultura respecto del tema que nos convoca. Debo decir que es imprescindible, indagar en las etimologías, revisar los marcos políticos-culturales en los que las palabras se fueron fraguando, así como también la recuperación de las raíces profundas que la Modernidad occidental recibió, pero que, como ya dije, otras tradiciones más agresivas se impusieron por sobre lo mejor de esa herencia. Ello nos lleva a hurgar en la configuración de los orígenes de este Occidente en sus dos vertientes fundantes: la greco-romana y la hebrea.

La tradición académica ha colocado todo el énfasis en el estudio de la vertiente greco-romana y sobre ella ha construido la historia moderna. Esa tradición muestra etapas con sus respectivas síntesis. La herencia helena ha sido reelaborada por la cultura romana y se ha desplegado a lo largo de los siglos medievales con el aporte, poco reconocido, de la riqueza de la tradición judeocristiana. Fue Constantino (274-337) quien mejor comprendió el invalorable servicio que le podía prestar el cristianismo por la vía de las autoridades de la Iglesia Católica, asumiendo una fe que le permitiera consolidar un imperio que se comenzaba a tambalear. En el año 325, convoca al Concilio de Nicea. Sobre este momento crucial de la historia de Occidente, leamos a Paul Johnson [[[3]](#footnote-4)] (1928):

En este espíritu, Constantino (y la gran mayoría de sus sucesores) abordó su propio papel en la política de la Iglesia. Debía ser un mediador, una función que él desempeñaba bien y que le agradaba... mientras preside el Concilio de Nicea y otras reuniones eclesiásticas... organizando complicadas ceremonias, entradas dramáticas, procesiones y espléndidos servicios. Todo esto estaba muy lejos del cristianismo primitivo. En realidad, puede afirmarse que Constantino creó gran parte del rito de la práctica conciliar cristiana... El imperio abrazó el cristianismo con el propósito de renovar su propia fuerza mediante la incorporación de una religión oficial dinámica [[[4]](#footnote-5)].

Si me he demorado en este tema debe ser entendido por la necesidad de encontrar, en un momento de la historia, la bisagra que abre hacia un camino diferente, imprescindible para comprender la *revolución de la modernidad*. La iglesia adopta entonces el idioma imperial ─ el latín─, la pompa imperial, la vestimenta de los senadores romanos, etcétera, como precio que se pagó por una vida más estable y segura dentro del imperio. Al mismo tiempo, el contenido del mensaje se fue diluyendo, el poder se cobró su cuota de corrupción, y el *Reino de Dios* fue permutado por el *Imperio de la guerra entre hombres*. Así el Medioevo comienza su historia. Las sucesivas invasiones de los pueblos de la estepa asiática, a quienes se los denominó *bárbaros,* desde la soberbia heleno-romana muy pagada de sí misma en su refinamiento intelectual, fue dándole a la síntesis mencionada una modalidad propia que incidió en el cristianismo medieval.

Las tribus arias aportaban un nuevo espíritu por lo que la progresiva cristianización de ellas fue preparando el terreno para la etapa siguiente, que iba a dar nacimiento al Occidente moderno. La particularidad de este periodo es la configuración de una nueva síntesis, dentro del mismo proceso, en la que van a prevalecer más los rasgos culturales de los llamados bárbaros que se habían cristianizados: *su espíritu de conquista*. Es destacable que esa cristianización produjo el comienzo de las condiciones que posibilitaron la *revolución burguesa* dentro del marco del comunalismo medieval [[[5]](#footnote-6)]. Entre los siglos X al XV, se estructura una muy interesante experiencia en las comunas aldeanas.

*Parte III*

# 6.- *La cultura del Occidente moderno*

A partir del siglo XVI estalla un desarrollo comercial, al que contribuye fundamentalmente el aporte de oro y plata de las colonias americanas, que potenciará el desarrollo del capitalismo. Representaron un aporte en *metales preciosos* seis veces mayor a las riquezas que Europa tenía en ese momento. El crecimiento de la economía mundial (pensando sólo el mundo occidental), sostenido por un comercio arrollador con las colonias encontró un cuello de botella en el modo de la producción artesanal de entonces. La Revolución industrial inglesa (1750-1800) es la respuesta imperial que resolvió y eliminó las trabas que habían aparecido. La mercantilización de las relaciones imperio-colonias dejará de lado la tradición humanista con la cual había comenzado a configurarse esta etapa: el *Renacimiento*.

Quedan establecidas las bases para el dominio de la *cultura burguesa moderna*: el individualismo, el egoísmo, el afán de lucro y la conquista. Occidente tomará un nuevo camino que dará paso a una segunda etapa de la Modernidad. La singularidad que adquiere la cultura occidental tendrá, entonces, el sello que le otorga su origen ario (opuesto al semita-cristiano). Con una nueva reelaboración que irá produciendo la burguesía en el norte de la nueva Europa, potenciará el nuevo recorrido del capitalismo industrial moderno. El cristianismo, en la vertiente dominada por el calvinismo, da lugar a un nuevo modelo antropológico, el *mercader*:

Es una persona que trata o comercia con diversidades de *mercancías*, es decir, todo lo producido para ser llevado al mercado... En el comienzo del mundo moderno se coloca entre el *productor artesanal* y el *consumidor final*, es una persona entregada con cuerpo y alma a comprar al *precio más bajo posible* y vender al *precio mayor que pueda*, alterando, distorsionando, desfigurando, la relación directa del mundo medieval comunitario.

El aumento de la producción y la riqueza y, consecuentemente, de los medios de producción económicos y financieros, despertaron en el hombre común las ansias de mejorar su nivel de vida, tanto tiempo olvidadas. Se comienza a pensar en que era posible mejorar los niveles de vida y que los límites medievales, antes sentidos como inviolables, podían ser superados. La libertad comercial que este sistema requería dejó las manos libres para la implementación de técnicas que permitirían una mejor penetración de lo producido en los mercados, ahora mundiales. El ansia de lucro, que desbordaba las normas éticas de la sociedad tradicional, arrasa con los criterios de la convivencia comunitaria para imponer las relaciones individualistas de los nuevos cánones culturales. Todo ello tuvo como consecuencia un impulso decisivo para la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas potenciando el desarrollo de una sociedad que ya avanzaba hacia la mundialización y a la colonización de la periferia.

7.- *La ciencia moderna*

La historia de la ciencia adquiere una particular manera de pensar e investigar que se aleja de su pasado. El avasallante empuje de la burguesía planteó nuevos problemas, sobre todo referidos a dominar y transformar la naturaleza para convertirla en mercancías. A partir del siglo XVII, se conjugaron diversos aportes, como el *racionalismo cartesiano*, la *matematización* *galileana*  y el *experimentalismo de laboratorio*. La *revolución científica* es un concepto usado para explicar el surgimiento de la ciencia durante la Edad moderna temprana, asociada principalmente en los siglos XVI y XVII, a las nuevas ideas y conocimientos en física, astronomía, química, biología, etc., muy rigurosa respecto de la *correcta utilización del método*.

Todo ello potenció y perfeccionó la producción de bienes, que le otorgaron a la ciencia la posibilidad de sus mejores logros y conquistas. Pero no debe ocultarse, en el camino que nos hemos propuesto: la *verdad sobre el hombre*, que todos ellos redujeron el ámbito del pensamiento al dominio de ese *objeto pasible de ser sometido por esa metodología: la naturaleza*. El saber sobre *lo humano del hombre* fue remitido a las nebulosas metafísicas, con algo de desprecio. La Modernidad ha pagado duramente la preferencia por este camino del saber. El pensador Domingo Renaudière de Paulis ha afirmado que la filosofía, y con ella toda la ciencia que se sustenta en sus definiciones, ha deambulado sin horizonte claro en la búsqueda de un saber sobre el hombre que violó su condición esencial. Le sugiero, amigo lector, prestar una atención especial al lenguaje de este filósofo:

¿Cuál es la violación esencial? ¿Cuál es ese andar errante y alucinado? Toda la filosofía moderna, hasta nuestros días, desde el cartesianismo hasta nosotros deambula vagabunda, a pesar de su interior y su extraña persuasión de rigurosidad, que culmina en la exigencia de Husserl de la “filosofía como ciencia estricta”. ¿Dónde vemos nosotros la esencial violación del filosofar moderno? Sin más, en la *prioridad absoluta del método sobre el filosofar mismo*. El método, como lo que antecede a la evidencia y la posesión cierta de los principios, será, en la idea moderna de la filosofía, el camino previo hacia la evidencia, que finalmente se funda *en la duda*, o en el *principio de la dubitabilidad absoluta* puesto por la voluntad del sujeto investigador [[[6]](#footnote-7)].

La belleza poética debe permitirnos profundizar el sentido que nos señala con su crítica. El subordinar los *principios* a la prepotencia del *método* es un elemento más que se agrega a los condicionamientos citados anteriormente. Si el método [[[7]](#footnote-8)] es la fuente de “toda razón y justicia”, su presencia somete la filosofía a la rigidez de sus imposiciones. Pero se presenta aquí la paradoja de que este método está sostenido por la *duda cartesiana* que el filósofo le impuso a todo lo pensado y escrito antes de él. Este intento de erradicar la carga de errores que, según el filósofo, contenía la filosofía anterior, lo resolvió sometiendo todo a la duda corrosiva que se va a esparcir y va contaminar todo lo que toque. Es esta misma duda la que convierte necesariamente todo conocimiento en frágil y volátil. Esto es valedero para las conclusiones, tanto filosóficas, teológicas como científicas, que entonces son *siempre provisionales*. Esto es especialmente cierto en el ámbito del saber sobre el hombre, terreno en el que lo humano, en su carácter de persona única e irrepetible, no puede ser reducido por un método rígido y despótico.

Lo humano, en tanto persona, exhibe la particularidad de no ser reductible a una universalización abstracta que niegue la peculiaridad que encierra y el misterio que lo envuelve: la *unicidad* y la *irrepetibilidad*. Y esto es válido tanto para las personas individuales como para los colectivos, *los pueblos* y *sus culturas*. De allí las limitaciones de la ciencia moderna para dar una *respuesta adecuada, profunda y exhaustiva sobre lo humano*. Creo que ahora se pueden comprender mejor las palabras de Renaudière de Paulis, respecto de *un saber errante que no encuentra destino*.

Todo el conocimiento que la ciencia moderna ha aportado, en el terreno de las ciencias sociales ─siglo XIX en adelante─, como forma que pasa a adoptar para este ámbito específico, son muy útiles, en tanto lo tomemos como *información*. Pero eso requiere, y esto se ha abandonado en gran parte, ser procesada desde una filosofía crítica que no deje de lado la defensa de lo peculiar de lo humano. Es decir, partir de una *antropología filosófica* como fundamento de las nuevas ciencias sociales. Recuperando la existencia diferenciada de lo humano, sin dejar de ser parte inescindible de la existencia cósmica.

Para ello no debe dejarse subordinar a las rigurosas exigencias metodológicas de la ciencia moderna que no dan cabida a los misterios de la vida. Esto incluye la mutilación conceptual con la cual la reduce lo humano a mero cuerpo biológico-psíquico. Por ello, esa misma información, en lo que puede tener de aporte investigativo, deberá ser revisada y cribada de los elementos espurios que contenga por el modo de su selección y recolección. La ciencia social tiene una tarea importantísima en la búsqueda de *la verdad sobre el hombre*, pero deberá aceptar convertirse en parte de una investigación pensada en otro nivel de la reflexión. No deberá pretender portar una verdad que se desprende sólo de su propio saber, sino subordinarse a los fundamentos de una filosofía explicitada en ella que la contenga.

Parte IV

8.- *El valor de las palabras*

Los riesgos señalados anteriormente en las investigaciones sobre el tema del hombre, deben precavernos ante el avance excluyente de las exigencias cientificistas [[[8]](#footnote-9)] de las ciencias de la Modernidad. Estas no respetan la unicidad de lo humano. Se atribuye al padre de la medicina, el griego Hipócrates (460-370 a. C.), la frase: “No existen enfermedades, existen sólo enfermos”. Lo que el sabio ya subrayaba es que respecto de lo humano, si bien reconoce la posibilidad de afirmar generalidades compartidas, en lo más esencial se debe ser respetuoso, insisto, de lo peculiar de sus aspectos *únicos e irrepetibles*. Por todo lo dicho hasta aquí, propongo la utilización del concepto *persona*, objeto central de este estudio, para hacer referencia a lo específico del ser humano. La persona, en su *unicidad e irrepetibilidad* [[[9]](#footnote-10)], es un *ser socio-histórico, perteneciente a un tiempo y a un espacio cultural que lo condiciona en su ser más íntimo*.

Además, subrayar su calidad de *ser libre*, *dueño de su vida, portador de una conciencia autorreflexiva, que lo distingue del resto de los vivientes*. Es esto lo fundamental que no puede dejarse de lado, aunque se presente como un tema muy difícil de comprender. De allí mi insistencia en separar lo humano del resto de las especies vivientes, aunque sean *parientes biológicos* en el proceso evolutivo. Su aparición se presentó como diversas especies *homo* (más de dos millones de años), de homo sapiens (más de trescientos años), homo sapiens-sapiens (más de cincuenta mil años), ofrece todavía algunos misterios que no han sido develados. El más importante, porque de allí depende la evolución posterior hacia lo que somos hoy, es el origen del lenguaje, que no tiene ninguna correlación con el resto de los antropomorfos. Es esto lo que le otorga su caracterización de *persona y es las posibilidad de su espiritualidad*.

La palabra *persona* tiene una historia interesante, que aporta a la reflexión que estamos desarrollando. Su origen etimológico en el mundo griego se le atribuye al vocablo griego *prósopon,* que designa la máscara con la cual el actor de teatro cubría su rostro en el escenario. En su traducción latina, la palabra adquirió la forma *per sonare,* de donde deriva el uso actual. El teatro griego debe ser comprendido en su contexto. Estaba integrado a la vida colectiva y era, para el griego, un diálogo permanente consigo mismo, en su calidad de ciudadano. Interpretar es el arte de superar lo peculiar del ser personal del actor. Para esta tarea la máscara fue el artilugio mediante el cual re-presentaba en la ficción la ficción de *ser otro*, *el personaje*, recreando la realidad de conflictos sociales.

La palabra “teatro” [[[10]](#footnote-11)] tiene su origen etimológico en ‘*mirar*’, y es el lugar para ver y para verse. Se puede comprender así la importancia que le atribuía el mundo griego. La representación constituía un momento en el cual el *espectador* se enriquecía mediante la mirada hacia ese *otro* que *mostraba, resaltaba, denunciaba, las profundidades del alma*. El actor, portador de la máscara, presentaba una duplicidad de quien era en su realidad personal y quien era en la ficción, pero ambos presentaban los prototipos del hombre griego. Ser hombre, entonces, era ser miembro de la *polis*, es la comunidad la que lo eleva en su calidad y dignidad de ser político, *dentro del mundo de la cultura griega*. La definición aristotélica del hombre como *zoon politikón* (animal político) acentúa la condición de pertenecer a un comunidad. No concibe al hombre como un ser aislado. El *pertenecer* es la garantía del *ser*. Esto es importante para comprender como se construyó el vocablo persona (a partir del *prósopon*) dado que el hombre es *persona* en *su calidad de ser* *entre otros, por otros y para otros*.

 Las indagaciones más reconocidas sobre el concepto *persona*, acuerdan que su uso aparece, recién con los teólogos de los primeros siglos de esta era. El origen de este interés se presentó en los debates acerca de la necesidad de definir y comprender la relación entre "naturaleza" y "lo humano” en la persona de Jesús de Nazaret. Es muy importante señalar que en la tradición hebrea la atención se centra más en *la historia* que en *la naturaleza*. El "hombre" fue pensado en su condición de ser un elemento más de la naturaleza (hecho de barro), pero que se convierte (por el soplo espiritual) en un *ser distinto de los demás*. Esto aparece claro en el relato mítico del libro del Génesis. Esta diferencia se percibe a través de la llamada que Dios le hace en su *Palabra* y en la *historia*, ante la cual el hombre es libre para responder. Dios interpela al hombre hebreo y dialoga con él, en *una relación entre un yo y un tú*.

9.- *El hombre hebreo no se divide en cuerpo y espíritu*

Un aspecto muy poco estudiado, olvidado, ocultado, por la historiografía académica —y aquí *ocultar* no significa necesariamente mala intención, sino un resultado— es el importantísimo aporte que la tradición cultural hebrea, más aún la semita, ha realizado en la conformación de la síntesis de la Modernidad Occidental. Sería muy largo e inoportuno introducirme ahora en este tema, pero baste una pequeña mención.

Los valores del humanismo renacentista y los que la Revolución francesa enarbolaron no tienen origen en la vertiente greco-romana. Es en la tradición hebrea y, fundamentalmente, en la prédica del profeta judío de Nazaret, donde se pueden encontrar los momentos originales de la proclamación de las tres banderas de la Revolución francesa: la *igualdad de los hombres* en una sociedad esclavista, incluida la mujer (la parábola de la mujer adúltera), en una sociedad patriarcal; la solidaridad con los pobres y excluidos; la *fraternidad* entre los hombres (ama al prójimo como a ti mismo); la *denuncia de la explotación de los poderosos*, («Les aseguro que difícilmente un rico entrará en el Reino de los Cielos»), etc. Todo ello a partir de dos valores fundamentales, no enunciados filosóficamente, sino como sostén de las prácticas sociales y políticas: el *amor del ágape* [[[11]](#footnote-12)] y la *justicia*. Estos temas nos remiten a la necesidad de revisar la concepción de hombre que de allí heredamos.

Toda la Creación, según los sabios rabinos que redactaron el *Libro del Génesis*, no tiene otro fin que el ser humano: ése es el único propósito de Yahvé y para él hizo todo. Muestra, además, un enfoque monista: el *hombre hebreo* no se lo piensa dividido en cuerpo y espíritu, como en la cultura helena, sobre todo en el platonismo, sino que es como unidad: “un alma viviente”. El dualismo agustino [[[12]](#footnote-13)] que, con el tiempo acabará dando lugar a la separación cartesiana entre cuerpo y mente, es de origen platónico, no de origen hebreo. Es la influencia de la cultura heleno-romana en los primeros siglos de nuestra era.

La primera palabra con que se define al *hombre* genéricamente, en el Génesis, es *adam*, "hombre", o bien "hecho de tierra"’. Con este vocablo se hace mención al material con el cual fue hecho el hombre *al cual se le insufló el rúaj,* que indica el aliento divino. Se puede entender que, fue extraído de la naturaleza y es perteneciente a ella, pero es una creación especial, privilegiada de Yahvé. Lo humano, según el aporte de esta tradición, es una *unidad* de difícil definición que involucra a *Dios*, al *cosmos* y a la *naturaleza* y que adquiere presencia como tal a partir del lenguaje con el vocablo persona en los primeros siglos de nuestra era, como ya vimos.

La dualidad griega, en cambio, generó la idea de la separación entre *soma* (cuerpo) y *psique* (alma), que se unen en el hombre como dos sustancias separadas. Aparece en Agustín de Hipona (354-430), que la hereda de Platón (428-347 a. C). Sobre esta herencia se debate la concepción del hombre que hoy se encuentra tanto en las ciencias sociales como en la medicina y la psicología.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, a lo que se debe agregar la investigación paleontológica y arqueológica, podemos atrevernos a definir lo humano como un resultado último de la evolución del género homo, cuyo probable comienzo (algo ya quedó dicho), el homo sapiens-sapiens, se ubica en el momento de la aparición del lenguaje (de fecha imprecisa) [[[13]](#footnote-14)]. Esta definición hace de la comunicabilidad un rasgo específicamente humano, sobre todo cuando alcanza la complejidad conceptual. Pelayo García Sierra [[[14]](#footnote-15)], en su Diccionario Filosófico, sostiene:

Persona humana añade algo no sólo a «persona» sino también a «humano». El hombre recibe una determinación importante cuando se le considera como persona así como la persona recibe una determinación no menos importante cuando se la considera como humana. Por tanto, no es lo mismo hombre que persona, como tampoco es lo mismo hombre que ciudadano. «Hombre» es un término más genérico o indeterminado, que linda con el «mundo zoológico»; «persona» es un término más específico que tiene que ver con el «mundo civilizado» o, si se prefiere, con la constelación de los valores morales, éticos o jurídicos propios de este mundo. La misma etimología de la palabra persona demuestra que es un *concepto sobreañadido al concepto de hombre* (…) No decimos que los hombres actuales puedan no ser personas; *decimos que cabe un concepto de hombre al margen del concepto de persona*.

*Parte V*

10*.- Palabras finales - El hombre sumergido en la cultura burguesa capitalista*

Para terminar este recorrido, en el que me propuse reflexionar sobre el hombre, en su calidad de persona humana, como fundamento de la cultura, debo ahora bajar a la realidad cotidiana del hombre actual, para analizar el resultado en este final de la historia que lo tuvo como protagonista. Si persona, según que dicho, es el ser con y para los otros, esto se puede ver hoy, con claridad, en las dificultades de su realización. Durante siglos el hombre vivió sin tener claro quién era. Esto fue una preocupación que se puede encontrar en los grandes filósofos, teólogos, antropólogos de todos los tiempos. La vida investigativa y reflexiva a lo largo de los últimos dos mil quinientos años, lo fue acercando una cierta sabiduría que hoy sería muy importante recuperar. En cada etapa se fue debatiendo frente a las diversas conductas que le fueron impuestas. La mayor de las veces sin la menor conciencia de ello.

Pero, un giro de características muy diferentes a todas las anteriores le fue impuesto con una violencia que no respetó tradiciones ni antecedentes. Se lo conoció como la Revolución Industrial inglesa (1760-1840). Las profundidad de los cambios introducidos en la vida de los hombres y mujeres de la época, a lo que se le agregó la velocidad que le imprimió a ese tiempo. Todo ello no permitió que esas personas tomaran conciencia clara de lo que acontecía hasta avanzado el siglo XIX, aunque los padeceres los soportó demasiado sumisamente. El ímpetu del avance burgués no dejaba mucho espacio para detenerse a pensar.

Los movimientos socialistas, comunistas y anarquistas, representaron un intento de sacudir la conciencia colectiva para que se comenzara a comprender el grado a que se había llegado en la explotación del trabajador. La cabeza más lúcida de ese tiempo, el filósofo alemán Carlos Marx (1818-1883), publicó en 1848, junto a su compañero Federico Engels (1820-1895) el "Manifiesto del Comunista" (1848). En él acuñó una frase que sonó como una advertencia a los que maltrataban al hombre trabajador: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma».

Esa explotación, cada vez más brutal, tuvo un instrumento avasallador en la introducción de la máquina en el proceso de producción. El viejo artesano, figura dominante de los siglos anteriores, había sido *rebajado a sirviente* por el *predominio de la maquinización* en el proceso productivo. Como consecuencia el trabajador se convirtió en un miserable servidor de ella. Un pasaje memorable de la película de Charles Chaplin *Tiempos Modernos* (1936), muestra a un obrero que aparece intentando lubricar la máquina, operación que no logra completar porque la máquina parece jugar con él. *Anticipa, genialmente, el papel que deberán desempeñar los hombres dentro del sistema de producción capitalista*. Esa figura es una síntesis dramática de la vida de los tiempos posteriores de ese sistema.

Esa máquina, cuyo enorme tamaño muestra su importancia frente a la pequeñez del obrero, es un anticipo de lo que sucederá de allí en más en la sociedad industrial desarrollada. Esa relación de sometimiento por la cual el sujeto principal de la producción pasa a ser la máquina, anticipa *la pérdida de la autoestima* y *la desvalorización* lo humano, valores que van a imperar en la sociedad burguesa capitalista. Esa pérdida queda reflejada teóricamente en el momento en el cual la ciencia económica define el trabajo *como un recurso*, uno más entre otros, de los que van a formar parte del proceso industrial. Entonces, detengámonos en este concepto: ¿Qué es un recurso?

La Academia lo define así: “Ayuda o medio del que *una persona se sirve para conseguir un fin o satisfacer una necesidad*”. Wikipedia agrega a esto: “Normalmente, los recursos son materiales u otros activos que son transformados *para producir un beneficio* y en el proceso *pueden ser consumidos*. Desde una perspectiva humana, un *recurso natural* es cualquier elemento obtenido del medio ambiente para satisfacer las necesidades y los deseos humanos”.

En conclusión: lo habitual del uso del concepto “recurso humano” nos obliga a pensar un poco: *es todo aquello que se utiliza para el logro de un fin*. Por ello es simplemente *un medio* al cual se recurre para el logro de algo. Cuando se habla de *recurso humano* el concepto no hace más que reafirmar que la presencia humana tiene una importancia relativa, casi al nivel de cualquier otro recurso, en tanto sea útil para algo. Aparece con claridad *la deshumanización del trabajo*.

El concepto de trabajador mirado desde la administración de las empresas, es alguien (o algo?) que sirve para un fin claro. Este fin fue estudiado y investigado con mucha profundidad y detalle por el ingeniero mecánico estadounidense Frederick W. Taylor (1856-1915), quien es considerado *el iniciador de la administración científica, a principios del siglo XX*. Se dedicó a generar diversos métodos y técnicas que posibilitaran el mayor rendimiento del trabajo humano, sin reparar en costos personales. Es un buen ejemplo de la paulatina desvalorización de la mano de obra, reemplazada, en la medida de lo posible, por algún instrumento técnico.

El peso mayor de las ciencias de la administración trasladaron su interés del hombre productos al hombre consumidor. Marcos Roitman Rosenmann (1955) [[[15]](#footnote-16)], describe el aspecto publicitario del capitalismo actual:

En medio de un proceso de restructuración del capitalismo, donde se multiplican el desempleo, el trabajo precario, el despido libre y la pérdida de derechos laborales, las empresas trasnacionales bogan por un consumo de marcas. En la actualidad esta práctica se traduce en una agresiva campaña publicitaria, considerando irresponsable adquirir productos sin marcas. Todos los anuncios de las grandes empresas concluyen con un rotundo no producimos para otras marcas. Igualmente, han construido un relato específico: no se engañe, envases similares no garantizan calidad.

El filósofo e investigador alemán Erich Fromm [[[16]](#footnote-17)] (1900-1980) nos llama la atención desde otro punto de vista:

«Nuestro empeño en dominar la naturaleza y en producir más bienes, hace que hayamos transformado los medios en fines. Hemos querido producir más en los siglos XIX y XX para dar al hombre la posibilidad de *una vida humana más digna*; pero, en realidad, lo que ha pasado es que *la producción y el consumo han dejado de ser medios* *para convertirse en fines*, así que *estamos produciendo y consumiendo como locos*».

Este notable pensador afirma:

«El hombre se convierte en una *cosa*, se lo trata y se lo maneja como tal, y las llamadas “relaciones humanas” son las más inhumanas, porque son relaciones “cosificadas” y “alienadas”».

La utilización generalizada de los conocimientos de la psicología clínica, la psicología profunda, la psicología social, la antropología, en manos de especialistas en técnicas de mercado (la mercadotecnia) lo han aplicado *al manejo del consumidor y del trabajador*, al manejo de todo el mundo, al ser incorporadas a las técnicas de campaña política. Sostiene Fromm que:

«Las ideas clásicas de democracia a partir de un ciudadano responsable en la práctica se distorsionan cada vez más, por la utilización de los mismos métodos que se desarrollaron primero en la investigación de mercado y después en las “relaciones humanas”».

Se puede comprender mejor cómo y por qué la manipulación padecida por el hombre de los últimos siglos lo ha convertido en una marioneta del mercado, manejada por los hilos de una publicidad planificada y aplicada al logro supremo de convertirlo en *un sumiso consumidor*. El itinerario que propuse recorrer se justifica, amigo lector, si logramos comprender la maraña ideológica que gobierna hoy nuestro mundo, de la que sólo podremos liberarnos en la medida que nos liberemos de sus mandatos.

Nos vamos introduciendo en una tela de araña, sin que nos demos cuenta, ante el ojo atento de *la araña del mercado*. Una vez que hemos caído y nos han atrapado, la sutileza de sus cadenas pasan inadvertidas para la gran mayoría de los ciudadanos de hoy. Por ello, la intención de estas páginas ha sido proponerle que me acompañara en este largo recorrido para ir acercándonos a, lo que podemos denominar, *el origen de nuestras cadenas*. El instrumento más eficaz es *el desarrollo del pensamiento crítico*. Tarea que puede llevarnos gran parte de nuestra vida: *es el precio que nuestra verdadera libertad, como personas individuales y colectivas, exige*.

1. Sugiero, para un tratamiento más detallado la consulta de mi trabajo *Reflexiones sobre el uso de la palabra* en la página www.ricardovicentelopez.com.ar [↑](#footnote-ref-2)
2. Dussel, Enrique, *América Latina: dependencia y liberación*, Fernando García Cambeiro Editor, 1973. [↑](#footnote-ref-3)
3. Escritor, historiador y periodista británico, estudió historia en la Universidad de Oxford. Es autor de más de treinta obras, la mayoría sobre la actualidad y la historia en general. [↑](#footnote-ref-4)
4. Johnson, Paul, *Historia del cristianismo,* Javier Vergara Editor, 2004. [↑](#footnote-ref-5)
5. El tema está más desarrollado en mi trabajo *Los orígenes del capitalismo moderno*- Parte I, disponible en la página www.ricardovicentelopez.com.ar [↑](#footnote-ref-6)
6. *El Método y la Falsa Fundación de la Filosofía* en Actas del II Congreso de Filosofía, *Sudamericana*, 1973. [↑](#footnote-ref-7)
7. El pensamiento de Renato Descartes lo desarrolla en su libro *El Discurso del Método* (1637), allí plantea los fundamentos de la revolución filosófica que propone. [↑](#footnote-ref-8)
8. El cientificismo es la postura que afirma la aplicabilidad universal del método y el enfoque científico, y que propone la ciencia empírica como la cosmovisión más acreditada del conocimiento humano, con la exclusión de otros puntos de vista.​ [↑](#footnote-ref-9)
9. Debemos recordar que el descubrimiento de las huellas dactilares y, tiempo después, de la composición genética, despejó toda duda respecto a ello. [↑](#footnote-ref-10)
10. Del latín teatrum ‘lugar de representación’ y este del griego théatron, derivado de theâsthai ‘mirar, contemplar’. [↑](#footnote-ref-11)
11. Es el término griego para describir un tipo de amor incondicional y reflexivo, en el que el que ama tiene en cuenta sólo el bien del ser amado. Algunos filósofos griegos del tiempo de Platón emplearon el término para designar ese tipo de amor en contraposición al amor personal. Es amor universal, entendido como amor a la verdad, a la justicia o a la humanidad. [↑](#footnote-ref-12)
12. Tolo lo referente a san Agustín (354-430). [↑](#footnote-ref-13)
13. Sobre el tema se puede consultar mi trabajo *El hombre originario*, Primera-parte en la página www.ricardovicentelopez.com.ar [↑](#footnote-ref-14)
14. Filósofo español, Licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo, intervino desde su inicio en la puesta en marcha de la Fundación *Gustavo Bueno*, de la que ha sido coordinador de cursos. [↑](#footnote-ref-15)
15. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, Profesor Titular en las cátedras de Estructura Social América latina y Estructura social de España en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. [↑](#footnote-ref-16)
16. Destacado psicoanalista, psicólogo social y filósofo humanista. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Frankfurt. [↑](#footnote-ref-17)